

les ceden la acera, y esto es en tiempo en que los papas preponderan y tienen el poder temporal; ¿qué sería si ellos no fueran reyes?

Mas adelante te hablaré un poco mas sobre este particular.

Seguimos nuestra excursion, y bajando de los altos del palacio del Quirinal, nos dirigimos á los jardines.

Positivamente, es extraordinario el lujo que los pontífices han desplegado, tanto en los salones y apartamientos de ese palacio, como en los jardines.

¡Qué variedad tan infinita de flores, plantas y arbustos! ¡Qué gusto tan exquisito en combinar sus matices y formar bellos sitios para reposar y solazarse en ellos, creyéndose en el paraíso, viendo correr por doquier cristalinos arrollos, y los ingeniosos juegos hidráulicos de las fuentes, de las que brotan por sorpresa hilos de cristal que forman pabellones á las callecitas, ó cortinajes que cortan el paso encerrando al paseante en círculos impenetrables; aspirando el aroma de la madreSelva y la

violeta, del tulipan y la mosqueta, que sube por las columnas y los muros y vuelve á bajar confundíendose con otras mil plantas odoríferas y bellas flores de formas desconocidas; finalmente, cuando se está descansando en un kiosko ó en un cenador, escuchar las melodiosas voces de un instrumento misterioso que excita á las aves para exhalar sus trinos!

Una de las cosas agradables que hay en el jardin, es un extenso cenador que está en el centro y en el que se halla un órgano pequeño que, tan luego como se da vuelta á una llave que está en uno de los rincones, brotan combinaciones de agua en la extension del pavimento y ésta impulsa al órgano, que hace oír algunas piezas de música sonora.

Cerca de hora y media estariamos Manuel y yo admirando aquel bello jardin, que es bien extenso, y en seguida nos dirigimos al Capitolio, que no está muy distante del Quirinal.

Las elegantes construcciones que

componen el moderno Capitolio, dan á esta colina un gran nombre que resuena de una á otra parte del mundo por su situación y belleza. Ellas son tres; una en el centro, mirando su elegante fachada al Occidente y las otras dos á los lados formando un cuadrilongo que termina la escalinata, y sin juntarse los ángulos de éstos á los del centro, de modo que hay salidas para la espalda en donde está el Foro romano, etc.

Para subir al Capitolio, se toma la escalera referida, embellecida en su primer tramo por dos magníficos leones de basalto que reposan sobre el pecho, y al acabar de subir, rompe por ambos lados una balaustrada sobre la que se ven columnas y estatuas antiguas: en el centro de ese cuadrilongo formado por los tres edificios, se mira majestuosa la estatua ecuestre en bronce que representa al Emperador Marco Aurelio, bellamente ejecutada, y uno de los monumentos más notables de la antigua Roma.

De los tres edificios de que hemos

hecho mención, el de la espalda de la estatua es el palacio *senatorio*, al que se sube por escalinatas laterales, porque su nivel es mas alto que el de la plaza, y entre ellas hay una preciosa fuente con estatuas que representan rios y en el centro la de Minerva, encontrada cerca de la posesion senatorial de Cora: una alta torre adorna el palacio en el medio y sirve de campanario y de reloj.

De los otros dos palacios de los lados, el de la derecha guarda el famoso museo capitolino, al que Clemente XII dió principio y fué aumentado por sus sucesores, y que bajo el pontificado de Pio VII fué perfeccionado por el cardenal Consalvi.

Se miran en el patio de la entrada, la estatua colosal del *Océano*, que el vulgo designa con el nombre de *Marforio*, porque fué traída del *ex-Martis Foro*; allí se ven igualmente otras esculturas é inscripciones en el resto del patio que da entrada á tres cámaras, la primera de las cuales se llama *Cano-*

po: ella guarda las estatuas de imitacion egipcia; en la segunda hay una preciosa coleccion de 122 inscripciones en piedra ó *terra cota* y otros varios monumentos; la tercera tiene una bellisima urna sepulcral cubierta por tres lados de excelentes bajos relieves y la que se cree guardaba los restos Alejandro Severo en el vaso Vitrio que se conserva en el Museo británico; á esta pieza la llaman la *Cámara de la Urna*.

La escalera esta ornada con el antiguo mapa de Roma.

La larga galeria está llena de estatuas y á la derecha se entra á la cámara que trae su nombre del magnífico vaso de mármol *pentélico* encontrado en las excavaciones cercanas á la tumba de Cecilia Metella.

Allí se ve igualmente otro de bronce, de procedencia griega, y varias sarcófagos y bustos, con los singulares monumentos arqueológicos de la tabla itálica, que representa los hechos de la guerra de Troya, y la paloma en mosaico encontrada en la Villa Adriana.

Las dos cámaras de la izquierda se nombran, la una *de los Emperadores*, y la otra *de los Filósofos*, porque ellas guardan los bustos de los grandes hombres.

Vienen en seguida tres galerías llenas todas de estatuas admirables, de entre las cuales es remarcable la del antiguo Fauno de bronce; la segunda y tercera adornadas de figuras raras, y en la última, el famoso *Gladiador moribundo*, que los mas concienzudos criticos, creen ser mas bien un *guerrero de la Gaulta Transalpina*.

La *Vénus fuera del baño* es tambien remarcable y rivaliza sin duda alguna con la de *Médicis*: allí se ve el *Antinóo* y la *cabeza de Marco Bruto*.

Al estar el observador ante estas venerables reliquias del arte antiguo, se siente poseido de admiracion y de respeto hácia el genio creador de esos hombres sublimes y filósofos que nos legaron esos prodigios del arte.

La organizacion poética de los griegos traducida por la elegante forma de sus

estatuas, nos da á conocer lo muy adelante que llevaron el profundo conocimiento de la Estética y el de la naturaleza en sus diversas manifestaciones.

Todo concurría en ellos para producir obras acabadas de belleza y filosofía; los bellos tipos de que estaban rodeados: en los hombres, por ese desarrollo muscular que les daban los ejercicios gimnásticos y militares y que constituye la hermosura viril: en las mujeres por esa delicadeza y perfección de formas derivadas del sentimiento artístico; la vista constante del hombre hermoso y de las bellezas plásticas que tenían á su lado; el estudio analítico y escrupuloso en todas las materias y, sobre todo, el genio de la época, si me es permitido expresarme así, que hacia que el hombre en todas las latitudes produjera obras gigantes, obras imperecederas que vivirán eternamente para admiración de las generaciones venideras.

Pero tanto los griegos como los romanos se habían dado cita en aquel pa-

lenque del arte: las estatuas de las dos naciones se disputaban la preferencia y en todas se encontraba belleza de forma, anatomía, filosofía y sentimiento estético.

La mayor parte del día lo pasamos admirando las innumerables estatuas, Vasos antiguos, urnas y cuanto guardan estos salones y galerías del palacio del lado derecho del Capitolio, reservándonos visitar á otro día el de la izquierda, que contiene hermosas galerías de pintura.

Al volverme á encontrar en la plazoleta, me detuve de nuevo enfrente de la estatua ecuestre del Emperador filósofo, y cada vez me admiraba más, y hallaba en ella un elevado mérito artístico.

Tú conoces, María, el grabado que representa este monumento y tienes idea de su composición: pero en cuanto á sus dimensiones te diré: que son un poco menores que las del monumento de Carlos IV que alardea en el paseo de Bucareli; ahora, en cuanto á su mérito

artístico, te aseguro que es necesario ser muy inteligente para disputarlo, atribuyendo mas ó ménos en una y otra estatua, porque ambas son muy hermosas, tal vez la del Emperador Marco Aurelio sea un poco mas ligera y elegante que la de Carlos IV, y Tolsa hizo muy bien en vestir al rey con la toga y manto romanos que le dan mas clasicismo; aunque es de sentirse que no sea otro el rey que represente, porque estaría dignamente representado en esa obra de arte; pero á bien que México guarda ese monumento como tal y no por el personaje que representa.

Al otro dia repetí mi paseo al Capitolio para ver las galerías de pintura que contiene el palacio de la izquierda; igualmente, como en el de la derecha, se miran en el patio algunas cabezas colosales de mármol y de granito que ignoro á quiénes representen. Subimos y comencé á tender la vista sobre los lindos cuadros que cuelgan los muros de los salones y noté que los habia de varios artistas, y en general italianos y

pocos de las demás escuelas, de la española ví uno de los famosos San Gerónimo que tan magistralmente pintó Rivera, por otro nombre el Españolito, como le decian los italianos á este gran pintor, cuando estuvo en Roma á estudiar el arte.

El referido cuadro me encantó, como todo lo de este maestro, que es uno de los artistas de mi devocion, por su bello y verdadero color, por el estudio concienzudo de la naturaleza del viejo, cuyo desnudo manifiesta los nervios y tendones, los huesos y esa epidermis rugosa y floja de la decrepitud.

Allí ví por segunda vez muchos algunos cuadros de Tintoretto, otro pintor simpático y colorista que en el Louvre conocí por primera, y hallé éstos de la misma fuerza de aquellos, brillando con las mismas cualidades de verdad y de color.

¡Con qué placer ví cuatro retratos ejecutados por Vandik, ese pintor de las familias reales, que retrató á la mayor parte de los soberanos de Europa!

Es igualmente otro artista simpático por su sensibilidad y sentimiento en el color, cuyo pincel supo traducir las bellas carnes de las princesas, las magníficas telas de seda y oro de sus vestidos, esos puntos y encajes que parecen de espuma, salpicados de adornos y de flores y, sobre todo, esa nobleza que caracteriza á la aristocracia.

Mucho tiempo estuvimos Pina y yo contemplando los cuadros de Vandik, conviniendo en que algunos de nuestros pintores mexicanos poseían ciertas dotes del discípulo de Rubens, especialmente en cuanto á dulzura ó idealismo de color. Yo le decia á mi amigo: recuerdo haber visto en Cabrera trozos semejantes á los de estos cuadros, especialmente en los que habia colocados en los corredores de los claustros de la Profesa, de la vida de San Ignacio de Loyola, y tambien en los que cuelgan de las paredes de las paredes del colegio de Querétaro: ¡qué idealismo de virgenes, qué ángeles tan mórbidos y tan suaves que no se cansa uno de verlos!

— Ciertamente, me contestó Pina; y añadió: ¿no recuerda usted nuestras excursiones dominicales, cuando con nuestro maestro Clave, recorriamos los conventos de la Capital, con objeto de ver las obras de los pintores mexicanos y hacer su análisis? Nos decia entonces ese artista: que hallaba en las obras de nuestros pintores, trozos semejantes á los de algunos artistas europeos de los mas remarcables; pero sobre todo, lo que mas admiraba era esa gran facilidad y fluidez que campeaba en su ejecucion, que es una de las dotes mas difíciles de poseer y ella constituye nada ménos que la unidad de efecto y armonia de claro-oscuro que debe tener una composicion.

En esta conversacion, llegamos frente á un cuadro colosal de forma cuadrilonga que llana el muro del fondo del salon, que representa á Santa Bibiana en el momento en que unos hombres la están colocando en el sepulcro; mientras que en la parte superior del cuadro, se vé un rompimiento de gloria

y á Cristo que rodeado de un grupo de serafines y ángeles recibe el alma de la santa conducida por dos de éstos.

Este gran cuadro es obra de Guercino, uno de los pintores clásicos de Italia, que posee gran verdad en el color y un mecanismo franco y suelto que agrada en extremo.

Finalmente, ví en las galerías del Capitolio, multitud de obras de diferentes artistas de diversas naciones; aun que relativamente pocas de la española.

Salimos del Capitolio y Pina me condujo hácia la espalda del palacio que dejamos y, llegando á un ribazo que tendria de altura algunos metros, me mostró una piedra grande allí embutida y me dijo:

—¿Vé usted ese trozo de roca que está aquí saliente?

—Sí; qué tiene de particular?

—Esta piedra es la famosa Roca Tarpeya que debe usted conocer por la historia.

—Es verdad; pero y el rio en donde la infeliz Saffo se arrojó, no lo miro.

—¡Oh! á ese le dieron otro curso con el tiempo y por esta parte se ha ido elevando el terreno con el trascurso de los años.

Yo miraba y contemplaba esa roca, con la admiracion que causa siempre un objeto raro y del que la historia ha hecho mencion particular por algun suceso extraordinario: veia á la desgraciada Saffo arrojar al rio, despues de recitar la última trova en su lira y perderse á poco en las amarillentas aguas del Tiber.

Regresamos de ese lugar para tomar el camino que habiamos traido; volví á pasar junto á la estatua de Marco Aurelio y contemplé de nuevo esa obra maestra del arte escultórico; di otra mirada á las estatuas de la balaustrada, bajamos la escalera, que es bien tendida y por esto muy cómoda para descender, y toqué uno de los leones colocados á su pié, de esa piedra durísima de basalto que parece acero, considerando los muchos siglos que podrian tener estas estatuas y las generaciones que las habrian visto.

Todo en Roma causa profunda impresion y cada palmo de terreno, cada monumento, cada objeto, aunque sea un pequeño fragmento, traen recuerdos lejanos de las vicisitudes por que ha pasado esa gran ciudad y traen tambien á la memoria los hechos mas notables que narra la historia: la imaginacion ve las grandiosas escenas y los personajes que figuran en ellas, formando todas estas reminiscencias una especie de velo misterioso á través del qual se miran esos monumentos y ruinas venerables, con un sello indeleble de grandeza y de respeto que sobrecoje el alma y la llena de un sentimiento religioso indescriptible.

Al bajar la escalera mencionada, á la derecha rompe otra aun mas ancha y empinada que conduce á una puerta engastada en una fachada lisa, desairada y sucia por la intemperie: es la iglesia del convento de San Francisco, en donde reside el general de la órden de todo el mundo católico.

Inútil es decir que el interior del

templo es tan suntuoso como los demás que he visto y este tiene un aspecto de mas antigüedad, porque todas las columnas que sostienen sus naves, son de una pieza y de mármoles antiguos, especialmente las de otra iglesia subterránea que es magnífica, atestada de obras de arte y muy extraña por su forma y su situacion que, al encontrarse en ella se experimenta, una mistificacion, como cuando en sueños se halla uno trasportado por una hada á ciertos sitios maravillosos que no se parecen á los verdaderos. El interior del convento no lo ví, que debe ser tambien muy extraño.....

¿Sabes, María, que se me hace ya cargo de conciencia alargarte tanto esta relacion, porque pienso que te cansará su lectura?

Para que así no sea, voy á terminar, contándote una circunstancia que me toca individualmente, y es: que, como he paseado ya Roma lo bastante, creo que no debo perder mas tiempo, que con el que he empleado en todo el via-

je desde San Francisco California, es demasiado y debo ponerme ya á trabajar y entregarme con alma y cuerpo al estudio para el que he venido á Roma, que lo que me falta aún conocer de museos, iglesias y monumentos lo podré ir haciendo en el trascurso del tiempo. Por consiguiente, vamos Pina y yo á buscar un estudio para comenzar mis tareas lo mas pronto posible.

En la siguiente carta, te contaré el sitio en que lo tomé así como reanudaré el hilo de mi narracion, hablándote de diversas cosas interesantes que se me quedan en el tintero. Adios.

Roma, Noviembre 28 de 1868.

QUERIDA MARIA:

Hace veinte dias que te escribí, terminando mi carta con decir, que iba á comenzar mis tareas artísticas supuesto que ya era tiempo y que seguiria visitando á Roma en los dias que estuviera desocupado.

Buscando Pina y yo el estudio que debía ocupar para comenzar mis trabajos, hallamos uno cómodo y central en el *Viccolo di Greci*: consta de una antecámara, alcoba para dormir y la sala ó estudio, que es espacioso, con una gran